

Creació literària

ROSA MARÍA VILARROIG

En atardecer, Alexia

El tejido de mi verso
me ayudará incansable,
siempre en el largo combate
de las primaveras
suspendidas,
o en otoños repletos de nostalgia
u otras dimensiones.

I

Invístemme Invieste mi cuerpo del espliego
 necesario, del sándalo suave
 que sahume la luna
 de mi verso.

Invístemme de música, tan sólo y renovada.
 Seas onda de espacios no existentes.
 Yo hilaré mi reposo (no en la muerte)
 y mi lenguaje albergará sutiles volúmenes,
 agendas de larva sonora, algas,
 para incinerar elevados horizontes
 susurrados por las aguas, demasiado
 tristes esta tarde.

Puéblame de cántaras de luz,
 de visionarias avecillas, o bien
 sé nota epidérmica de viento
 para colmar el interminable
 pozo o atalaya
 de los sueños que alimentan mi osadía.

Invístemme en la balanza fiel o infiel
 de la verdad primera o de la última,
 o de la que no existe. Hostiga
 mis murallas con un soplo
 de rosa. ¡Sea altivo el brezo,
 el relámpago excelso y el tomillo!
 Con la sangre del fresno concibe
 un alimento, una crisálida de sol
 para el jardín marchito y orgulloso.
 Seas grito, pálpito de savia,
 rudo, plateado álamo.
 Profunda clave, fruto tenaz
 y maduro que estremeciera el ardor
 más allá de la encrespada esencia
 de la brisa.

II

Falso. Mentís, asesinos. También se hiere
sin sangre.

Vuestro muerto, quizás hoy (último,
a las 6.30)

ha esculpido su danza en muerte.

El temor le obsequió
un brazalete de vestigios iguales,
un exacto juego de farándula invertido
donde cuadraturas y conjunciones
le devoraron.

Llovió jade de estrago sobre
el suelo oscuro.

La muerte atenta inició el rezo;
mas de pronto, exhausta, inalcanzable,
de entre sus labios huye, cual corza
herida, malherida escapa la ensoñación
hacia juncos blancos y erizados.

Atenta, la farsa esgrime su saga, se abanica,
halla sedosos embustes para convencerse
que así, Así, ASÍ, ASI, ASI, ASI, ASI,
debía ser. El deseo amordaza, agudo
cruza el aire, cual pálido astro
esconde su aura en cárcava pétrea
para no sucumbir.

Engañándose a sí mismos, todos,
absolutamente todos, se ataron
a la cuadrícula.

RIP

desconsolados nidos de primavera.

III

Mas, de nuevo, la voz del ensueño
se alza en el crepúsculo,
busca un alarido, un fragmento
apenas hecho aire,
péndulo que alcance el ritmo
del verso inexistente.
Miriadas de aves dulces
producen novilunios,
lloran, destejen estrías
de sedas falsas.

Luna de amarilla esfinge,
enhebra tu aguja de espacios
y
borda arenas oníricas
en el costurero de los sueños.
Y
más incorpóreo entre estrellas
y
nubes altísimas
construye una concha de éter,
un corazón enraizado de flores,
pupila cósmica que dilate
el ancho ventanal
de la nostalgia.

IV

Y era entonces vivir
un suicidio lento, aquiescencia
innegable de la muerte.

Bella, terrible certeza del abismo
y fuerza probándome
hasta la máxima yugular
de la existencia,
hasta la sangre interminable,
y el estruendo de esa misma
sangre ante su espejo.

Y era vivir, agraz música
constante de gaviotas,
llamada desnuda
que rechazaba el canto
del espectro. Lívido,
sinuoso prisionero de ánimo,
hilaba, destejía en el manto
circular de Penélope
un astrolabio luminiscente,
un prisma atávico que midiera
objetos, marasmos lánguidos
de estelas dibujados
en el concreto nombre de las cosas
y sus límites.

Mientras el atemporal agorero
que reside en el hálito insondable
de los muertos transforma
su brújula en fúlgida luz,
tú te deslizas como cierzo,
eternal y sagrado,
por piedras próximas
a cruces y tinieblas.

V

Reconforto mi origen y lo habito
de pájaros, pirámides,
un salterio de juncos y palabras,
flores densas, graves senderos,
eslabones dormidos
que cruzan sin saberlo
hacia las manos.

Estrechar mi corazón en lira única.
Sangrar así el sonido hasta que el alba
alumbre, ser música de aquella otra
oscuridad que me embriagaba
como suave catarata en la distancia.
¿Cómo diría, que su latir viejísimo
sobre el cauce de mis huesos
navegaba? y repetía lluvias,
sones estremecidos de música,
armonía que mi cuerpo
engrandecía en nubes incansables
para ahondar en la firmeza
de tu rostro.

Palabras adunadas
que extraigo ahora del cedro
inmenso de la memoria
y leo en el cristal oscuro
de la mar.

Por el canto quebrado del cisne
transita ocre y escuálido el otoño;
grave cisne, por tu piel
guiños de luna tienden en el regazo
de la tarde su tersura.

Proféticamente blanco
te ensalzas sobre mi libro de arte,
y no deseo olvidar
que me forjaste en versos completos
de caracolas leves,
de gráciles pasos que conformaron
tu blancura.

Cuando la música recorre
surcos universales
la tarde siembra en mis párpados
un paisaje donde Venus alumbra
mi estancia de cristal.

VI

Nuevamente percibo la luz del universo
agitarse ante mí,
cual radiolario se extiende
por mí misma, y su alma
llena de liturgias
la perífrasis del sueño.

Despacio fondean las palabras
repletas de sentidos y de agua,
se aúnan mis cabellos
trenzando las mañanas en su luz,
y en ese instante cumbre
nada soy,
salvo un latigazo de espanto,
un torbellino de estirpe
que late cual sediento corcel
hacia la tierra de nadie.

Invasión del rayo, gravidez
tenaz de mi entraña de árbol.
Percibo que mis raíces
se bifurcan en sangre, cárdenas,
húmedas, sin templanza trasvinan
por el laberinto extremo
de los nombres.

VII

No eras mi amor, desnudo,
la derrota del día,
ni el silencio que participó de mí.
Sí, dádiva que me condujo hacia la muerte.

Fuimos ángeles de luz, arcángeles de égloga
al sellar en balanza de besos
la hermosura,
que no hallamos nunca, no tuvimos.

Rendirse al encuentro de las sombras
era labrar canículas de tedio
en el otoño; jarales solemnes
y altamente descarnados inmolaron
el oro de los sueños febriles

—nuestros sueños—

cuando el musgo antiguo recuperó
su origen y nos dejó abandonados
en la cuadratura inmóvil
del presente.

Blanca aridez y burbuja de arena.
Médano de luna estéril y occipital
que se prodiga inhóspita
ante tu vacío.

VIII

Tus manos entretanto pulsaban
los signos de un clavicordio oculto.
Sobre hombros de hiedra y dolmen
de la tarde, con agua de sinfonía
de Bach, tú escribías, con lluvia,
tú escribías un anciano poema,
barroco de luz,
para las tiernas sonrisas,
duendes pequeños ,
habitantes ocultos de la música
que al danzar sobre los jugos
del pentagrama, sugerís cálidas espigas,
soís canicular rondó en el teclado solitario.

Mágicos signos de un hallazgo
en donde se rezagan las consignas
y los nidos del silencio.
Así se esculpe el canto universal
entre tus manos,
y retiene en fantasía
la púrpura elevadamente poética
de las notas,
mientras otra suave lluvia
emana de mí misma y transmite
hechizos en esta tarde adolescente.

IX

Y brevemente adormecida
ante la imagen de tu ausencia,
deambulo por el pasadizo
de la última fragancia.
El sándalo o la ceniza
del espliego me remiten
a la sombra de un espejo.
Un oscuro pájaro
disfrazado de trigo iza
su gigantesca ala,
y la lágrima duerme,
e incierta ruge la luna
y dulcísima boga la poesía
por mares de antigua religión,
y en su bogar no vislumbro
llama, ni magnificencia azul,
sólo el árbol de Diana
se yergue cual almenar
sobre el aire.

Sólo el árbol alcaliza mi sueño,
su terrible cruz,
sus diáfanas hojas
se hospedan en el pictórico
infierno de tus ojos.

X

Mientras el día desmaya dorados dólmenes
sobre la tristeza,
tú brillas, incendias el azul marino
de las aguas, o bien navegas largas
armonías donde lees “que el humo
ascendió antifonal hacia la elegía
del aire”
y no retrocedes. No retrocedió
tu voz horrísona ante la imagen
disoluta del melancólico néctar.
Siempre hacia el lejano ulular,
hacia el legendario monte
para comulgar con el fantástico
soñador de los abismos
–sagaz artesano de lo ignoto–
que incansable hendía
sus ojos espectrales sobre ti.
Mas no hería tu sueño
ni desollaba el canto extremo
de tu luz.
Tú navegabas hacia lunas
que rizaban diminutas estrellas:
eran vástagos de hacha y danza
y cosían en tu cinto infatigables vórtices,
océanos que mordían el celo de tu sangre.

Y por tu sangre navegaban ,
por la inquebrantable contienda
de tu sangre, pentagramas de votos,
pulpas, febriles diezmos
que marcharon a zaherir el alba,
o secuestrar cerezas de abril
o largas mariposas delicadas.

Desfiladero errante fuiste
de la epopeya solar
que bellamente tu cuerpo componía;
nítida huella, donde se inscriben,
letras mayúsculas de existencia.

XI

Sobre el camino anciano,
sobre el surco inexacto de medusas
y ornamento
dialogan pinturas sonoras ,
lienzos de música, contrastes
rítmicos de sombra que se enfrentan
a las melancólicas notas sublimes
del alma .

Ascenderemos a ellas
por la abierta quilla de las manos.
Un ramo de olivo compondrá
polifonías doradas sobre el otoño.

Pentagramas de silencio,
metáfora y ceniza
para el panel de ámbar
donde, en atardecer, Alexia
enhebra su tul a la esperanza...